



Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas
para la Prevención del Delito y
Tratamiento del Delincuente (ILANUD)



Programa Regional de Capacitación
contra la Violencia de Género y Trauma

TRABAJANDO CON LA VIOLENCIA SEXUAL: UN RECORRIDO INTIMO DE MI EXPERIENCIA.

Dra. Gioconda Batres Méndez

Directora

Programa Regional de Capacitación contra la violencia doméstica
Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito
y Tratamiento del Delincuente (ILANUD)
Managua, Nicaragua. Noviembre 2013

INTRODUCCION

Procedo de una familia en donde el terror, el caos y el dolor que mi padre inspiraba, se deslizaban diariamente por el laberinto de mi niñez.

Se lo que es el trauma y lo que significó en mi vida y esto me permite comprenderlo muy bien en la vida de otras/os.

Tal vez por ésta, por primera vez públicamente confesada génesis de mi existencia, desarrollé tempranamente una gran sensibilidad por el dolor de los/las demás.

Primero como médica y luego como psiquiatra trabajó siempre en defensa de los/las más vulnerables. Fue así como en el año de 1980, en el Hospital Max Peralta, pude sentir gran empatía por una adolescente-niña de 14 años

embarazada como producto de las violaciones perpetradas por su padre y que me fue referida por algún ginecólogo sensible.

Por muchos años esta adolescente fue mi clienta en la consulta externa del Hospital. En esa época para tratar el incesto contaba solo con mi intuición, pero sabía que eso no era suficiente. Por eso cuando apareció en 1984 un minúsculo anuncio en el periódico sobre la venida de una terapeuta feminista que vendría a impartir cursos sobre violencia contra las mujeres a la Universidad de Heredia, no dudé ni un segundo en solicitar mi inscripción.

Fue así como conocí a la Dra. Sara Sharratt y reconocí con gran alivio que lo que yo sentía y pensaba, lo habían sentido y pensado y escrito cientos de mujeres y hombres y dos décadas antes.

Desde ese momento mi quehacer terapéutico se enriqueció con las nuevas teorías y en 1987 inicié los primeros grupos de adolescentes v víctimas de incesto padre/hija y paralelamente trabajé con sus madres en estos pioneros grupos de autoayuda para madres de víctimas y sobrevivientes en Costa Rica.

Desde 1980 hasta la actualidad he aprendido mucho más sobre el incesto, grandes figuras de renombre internacional han venido a capacitarnos en el tema, cumpliendo un calendario riguroso de actividades del Proyecto de Capacitación Permanente en el tema de Violencia Doméstica del ILANUD. Sus enseñanzas y mi experiencia han articulado en mí una visión más clara y profunda de la dinámica del incesto y de su tratamiento, experiencia que he vertido en varios Manuales.

En este camino de luchas y denuncias fundé la Fundación Ser y Crecer, casi utópica empresa en la que capacité psicólogas y trabajadoras sociales para que me acompañaran, dado que en ese tiempo era poco lo que se sabía sobre el abuso sexual.

He aprendido, después de desgarros y madureces, que cuando creas una organización o construyes una teoría, desde el momento en que las haces nacer, dejan de pertenecerte, siguen su propia dinámica, son parte de la historia. De Costa Rica y de las sobrevivientes, otras, la llevan y llevarán adelante.

En esta exposición intento reflexionar sobre mi experiencia personal en el movimiento feminista y con las organizaciones que me ha tocado ayudar a construir. Pero sobretodo deseo compartir algunos de los conceptos que he iniciado sobre lo que significa trabajar con sobrevivientes de incesto y cómo este trabajo incide en nuestra psicología, memoria, emociones, actitudes y relaciones con el mundo y con los/las demás. Pretendo también, con temor de principiante, estructurar una explicación que le dé significado a mi experiencia como terapeuta de sobrevivientes de incesto, como Fundadora y como Presidenta que fui de una organización que trabajaba con ellas.

Permítanme primero incursionar en algunas de las respuestas que he encontrado a la pregunta de por qué nosotras las mujeres, repetimos la indignante práctica del patriarcado, de relegar de la historia la participación de otras mujeres. Una y otra vez he visto ocultar de un plumazo la presencia protagónica de nosotras las mujeres, en la transformaciones de la sociedad costarricense.

Hasta ahora, la historia que es una construcción social, ha sido interpretada por los hombres, quienes la han registrado declarándola Universal. Estos historiadores han ignorado la participación de la mujer en dicha construcción. Las feministas hemos discutido y rechazado vehementemente esta ignominiosa exclusión. Sabemos que tal ausencia en los registros históricos y en las tareas de interpretación del pasado de la humanidad ha creado grandes distorsiones e injusticias.

A pesar de nuestras valientes luchas, creo que las mujeres, como personas, como individuos, vamos aun cargando el peso de nuestra ineludible socialización en este mundo lleno de dualidades y desbalances. El discurso y la práctica política aún no son suficientes para desorganizar todos los elementos destructivos que conformen nuestra identidad. Nuestra identidad de mujeres ha sido construida a través de múltiples intercambios e influencias sociales, culturales y psicológicas. Esta determinación histórica llena de negociaciones y validaciones nos construye como mujeres.

Mujeres en una sociedad con usos, valores y costumbres masculinas, mujeres que aprendemos nuestra identidad identificándonos con lo invisible, aprendiendo que somos lo que somos por naturaleza, por feminidad. Acostumbradas a no ser vistas, nos mantenemos sin ver a otras, sin reconocer a otras mujeres. En el mundo patriarcal no están suficientemente representadas las mujeres quienes tenemos que ir construyéndonos en girones y buscando nuestra identidad en lo no identificable.

Esta desidentificación entre mujeres ocurre cuando tratamos de encontrarnos como género, cuando tenemos que reconocer el trabajo de otras mujeres. Nuestra subjetividad está constituida para no vernos a nosotras mismas, para no ver a las otras y no aceptar la experiencia que otras mujeres conforman, tenemos esta prohibición patriarcal.

Nuestro mundo está hecho de las certezas que nos proporciona el mundo patriarcal y por ello nos encontramos pérdidas en conceptos y mundos que no nos representan.

Tantos años, milenios, excluidas del poder y de las decisiones, las mujeres no hemos aprendido aún a manejar el poder desde una perspectiva femenina.

Estamos poco habituadas al poder. Sin embargo, constituidas como grupo de acción ya somos poder y espacio político.

Estos espacios políticos y de poder traen consigo amenazas inconscientes, deseos insospechados: son espacios disputados, Las reacciones ante las intromisiones externas de estos espacios de vencedoras a los que no hemos tenido acceso y de cuya experiencia carecemos en nuestro desarrollo, generalmente estimulan la creación de espacios más cerrados.

Las diferencias y contradicciones al interior de estos casi-ghetos crean rupturas y divisiones. La aceptación de la diversidad, de la

individualidad, es una tarea que debemos emprender pronto. Aceptar que en todas las relaciones, el poder está presente y se ejerce.

Quiero pasar ahora al tema fundamental de mi exposición de hoy, al tema del incesto. En la última década he dedicado gran parte de mi vida a la lucha en contra del abuso sexual. Lo hice en un medio que fue hostil y sarcástico en los inicios. Siempre, sin embargo, he contado con la fuerza que el espíritu de las sobrevivientes me ha regalado.

El incesto es un drama de terror, impotencia y vergüenza. El incesto padre/hija constituye el gran paradigma de la victimización sexual femenina.

La violencia sexual obstaculiza el fortalecimiento de funciones básicas del ser humano, como son la autonomía, el concepto de ser, el autocontrol y la sexualidad. Y es especialmente traumático porque esta atrocidad es cometida por otro ser humano.

En cada caso, la característica más importante del acto traumático es su poder para producir impotencia y terror.

El trauma genera su dialéctica propia. La persona traumatizada vive en los extremos, va de la amnesia, a la vivencia del trauma. Oscila entre el abrumador y lacerante dolor y la anestesia emocional, entre el impulso y la inhibición de toda acción. Esta falta de predictibilidad en la conducta de la sobreviviente es intensamente perturbadora.

El ambiente disfuncional del incesto obliga a la pequeña víctima a desarrollar capacidades de sobrevivencia extraordinarias, tanto creativas como destructivas que “hablan el lenguaje disfrazado de los secretos demasiado terribles para las palabras”, dice Herman.

El clima familiar de la niña victimizada es de un terror persuasivo, de un control totalitario, con amenazas de muerte omnipresentes, recompensas impredecibles, aislamiento y secreto.

El adulto más poderoso de su vida, su padre, representa para ella un peligro constante y las otras personas adultas no parecen oírlo y no la protegen.

En este clima de relaciones profundamente quebrantadas,. Las amenazas del perpetrador alimentan su culpa, ella fracasa en la apreciación de la crueldad de hacerla responsable de tales elecciones, no sabe que una niña no es libre. Por lo que debe enfrentar una tarea de proporciones inmensas en su desarrollo. Debe confiar en quien la daña, debe construir su sentido del yo en relación con quienes no la protegen o que son crueles. Debe desarrollar una capacidad de autonomía corporal cuando su cuerpo está a disposición de las necesidades de su abusador. Simultáneamente se siente mala. Una alternativa es ser perfectamente mala. Muchas adolescentes quieren serlo, es una paradoja, se sienten vencidas por sociedades que la abandonaron. Aprendieron a consolarse en una situación sin compasión. Y por último deben desarrollar la capacidad para intimar en un ambiente en el cual todas las relaciones íntimas son corruptas, aprender una identidad en un ambiente que la define como prostituta y como esclava .

¿Cómo somos impactadas (os) quienes trabajamos con sobrevivientes de incesto? Una y otra vez me formulé esta pregunta cuando empecé a ser testigo de sorprendidas transformaciones en quienes fuimos antaño colegas solidarias. En este momento sé, que trabajar con personas traumatizada no es un quehacer inocuo, conlleva un alto riesgo para la salud mental y muchas terapeutas podemos sucumbir a estos riesgos.

Las personas que han sido víctimas de incesto han pasado por una experiencia de terror que las ha traumatizado. Sus relaciones con las personas que están en una posición de autoridad inevitablemente se vieron distorsionadas por la experiencia de horror. Por estas razones sus relaciones con quienes le facilitan su tarea de sanar, es decir, sus terapeutas, exhiben una dualidad de vida y muerte, tal como fue la relación que ellas tuvieron con los ofensores cuando fueron niñas.

En la terapia con víctimas, es como si el agresor estuviese allí siempre presente como un tercero, a quien la clienta está de alguna manera traicionando al romper la imposición del silencio de toda la vida, de toda la infancia, de toda la adolescencia.

Las sobrevivientes experimentaron cada día el angustiante sentimiento de impotencia. Nada de lo que hacían parecía detener el abuso, nadie las escuchaba en las noches solitarias y oscuras en donde sigilosamente, su padre agitado la tocaba en nombre del amor.

La terapeuta, tal vez la primera persona que la ha respetado, es entonces colocada en un lugar poderoso y mágico de salvadora.

Ninguna terapeuta podrá cumplir estas expectativas idealizadas, e inevitablemente la sobreviviente se sentirá furiosa, incapaz de tolerar ningún error. Muchas de ellas incluso acumulan fantasías de venganza, quieren que la terapeuta sufra el mismo terror, impotencia y vergüenza que ellas vivieron. Desconfían de todos/as y también de su terapeuta. Esta es una secuela inevitable en quienes le ha sido rota su confianza básica en las etapas fundamentales del desarrollo.

No es raro que una reacción sexualizada hacia el terapeuta surja en la sobreviviente, ella ha aprendido que el sexo es la única forma de ser amada y es el único valor que posee. Todas estas dinámicas imprimen a este quehacer una constante presión.

Estamos allí como testigo de este desastre, de este atroz crimen a la que la clienta fue sometida. Escuchar tanto dolor, inevitablemente hacer revivir los propios dolores de personas, de niñas.

Una y otra vez, día a día, escuchamos las historias de pánico, de indefensión, de maldad. Aquella niña de cinco años cuyo hermano la violó cada noche mientras un cuchillo de cocina se mantenía en su cuello. La adolescente que fue amarrada a la mesa de la cocina por su madre psicótica quien le introducía una manguera en sus genitales para limpiarla del abuso mientras ella gritaba sin recibir respuesta.

La otra a quien su padre encerraba en el sótano y sujeta la violaba desde que tenía 6 años, y en las navidades la llenaba de juguetes caros. Y así una y otra

historia de dolor. Padres, hermanos, tíos, madres, sacerdotes, ofensores sexuales.

Entonces empiezas sin darte cuenta a perder la confianza en la humanidad, en la familia. Te vuelves más desconfiada, temerosa y vulnerable. Tus relaciones íntimas se dañan y un gran desengaño por la civilización, por las ciencias, por lo construido, te puede envolver. Esto nos sucede a todas quienes trabajamos con las atrocidades que la humanidad ha desatado contra los seres humanos, los/as torturados, violados, prisioneros de guerra. La experiencia relatada de quienes lo han experimentado confirma esta afirmación mía.

Trabajar con una sobreviviente con personalidad múltiple nos produce una angustia intensa, estamos frente a la más asombrosa sofisticación de la mente humana frente a la tortura. Ante lo más intrincado, ante la mayor multiplicidad de conductas y emociones que hayamos visto jamás.

Muchas terapeutas sucumben ante estas situaciones y empiezan a perder los límites. Pretenden salvar a sus clientas haciendo por ellas cosas que en otros momentos su experiencia les hubiese indicado que no era apropiado. Ante la angustia por la impotencia y al enfrentarse a los abrumadores sentimientos de la sobreviviente, una reacción que sabe compensar nos es empezar a sentirse todopoderosas, omnipotentes, tentadas a hacer de diosas.

Al dolor de la sobreviviente se suma su ira. Una infinita ira, guardada y silenciosa algunas veces, retumbante otras. También las terapeutas corremos el peligro de sobreidentificarnos con esta ira, la ira por la injusticia, ira por la impunidad, ira hacia todos los que miran con indiferencia el drama de los

sobrevivientes, enojo con los ofensores, con los psiquiatras que hacen daño a los sobrevivientes con sus intervenciones culpabilizantes, con los que no comprendan, con todos/as los que han sido cómplices del silencio, con la sociedad, ira con las compañeras de trabajo, con las amigas, con los padres, con los esposos.

Y qué decir de la culpa, además eterno femenino. En la terapia con víctimas, somos, además, testigos de crímenes y no es raro sentir una gran culpa por escuchar estas historias y no haber estado allí, no haberlas sufrido, no haberlas cambiado. Esta reacción ha sido reconocida y reportada por quienes han tratado a sobrevivientes del holocausto nazi.

Es frecuente que queramos empezar a reparar esa culpa, debemos ser las más dedicadas, las más comprometidas, las más exhaustas y es posible empezar a sentir enojo por la compañera terapeuta que no parece compartir nuestros sacrificios totales o que disfruta de la vida, o que tiene alguna clase de poder que no tenemos. En la relación terapéutica podemos tomar responsabilidades excesivas, en el trabajo, caer agotadas y furiosas.

Nuestro mundo puede llenarse de pesadillas e imágenes dolorosas, como las de las sobrevivientes. Las pacientes que han sido sometidas a severos y largos traumas tienen su mundo poblado de pesadillas e irrealidades, pasan de un sentimiento a otro de un conocimiento a otro, olvidan, se dividen, son caóticos y al día siguiente racionales. Este vertiginoso cambio puede dejar en la terapeuta un sentimiento también de irrealidad. Pesadillas e imágenes tortuosas pueden entrar en las experiencias afectivas y oníricas produciéndoles

aturdimiento. Estas impredecibles reacciones hacen que la sobreviviente sea una persona compleja, que un día intente suicidarse y otro haga un contrato para no hacerlo.

Este es entonces un proceso que está lleno de suspenso y en la que participan múltiples actores/as vivos/as en el interior de la sobreviviente.

“La dialéctica del trauma desafía constantemente el equilibrio emocional de la terapeuta”, dice Judith Herman en su libro *“Trauma y Recuperación”* y este desequilibrio no solo afecta las relaciones con las pacientes, sino las relaciones con las otras colegas, con su grupo de trabajo, con su organización.

Esta lucha entre compañeras de trabajo muchas veces es inconsciente y representa la re-actuación de la dialéctica del trauma, del poder de la traición que nos lleva el cisma, a la división y al enjuiciamiento cruel y arrogante de quienes deben ser nuestras aliadas.

Es por tanto importante que las terapeutas y la organización cuenten con una red de apoyo externa y un apoyo sistemático de todos/as los que están involucrados en este trabajo.

Quienes trabajamos con personas traumatizadas necesitamos un consistente sistema de apoyo para poder analizar estas reacciones emocionales tan intensas y abrumadoras.

Es esta mi experiencia, mi percepción personal, ojalá que este camino construido y desconstruido por partes y este examen evite desgarramientos

futuros. Que de las pioneras de ayer, las de hoy, las que vendrán, puedan aprender.

Pero también hay placer y una gran gratificación en nuestro trabajo con sobrevivientes:

Al recibir los informes del proceso terapéutico de nuestras alumnas puedo leer, especialmente en la medida en que la terapia avanza, las grandes recompensas emocionales que sienten cuando sus pacientes crecen, mejoran, se cumplen los objetivos terapéuticos. Leo sus sentimientos de honor e inspiración por realizar este acompañamiento incomparable.

Trabajar con sobrevivientes es siempre un compromiso de amor, que nos exige la tarea de restaurar en ellas el poder y el control sobre sus vidas y la aceptación de que sólo ellas podrán ser las autoras de su recuperación.

Aprendemos diariamente sobre la capacidad de integración de nuestras sobrevivientes. Aprendamos de su "...capacidad de afirmar el valor de la vida frente a la muerte, su capacidad de reconciliarse con los límites de sus vidas y de sus trágicas limitaciones de la condición humana y de cómo aceptar estas realidades sin desesperación" (Herman, 1992).

Y no existe mayor satisfacción que aquello que nos brinda el participar en este proceso de integración de un ser humano.

Retomando a Judith Butler quiero recordarles que el poder no sólo actúa para dominar a las mujeres, los niños, las niñas, sino también para tomarnos como sujetas.

Debemos estar atentas para no cometer abusos de poder, conocer nuestras vulnerabilidades y nuestras fortalezas. Estudiar hasta el cansancio, luchar por la igualdad de género, aprender de nuestros pacientes y colegas con humildad; formar redes imposibles de quebrar.

En sus manos futuras terapeutas descansa la responsabilidad de utilizar este modelo que aprendieron, que no es patriarcal y por lo tanto, será criticado con saña. Que estas críticas no las desvanezcan, porque como lo he repetido durante toda esta reflexión: el recuerdo de las primeras sobrevivientes que hemos salvado, apoyado, maternizado terapéuticamente, será el corazón que nos brinde ánimo, los brazos que nos contengan, el espíritu que nos haga brillar y trascender.

No olviden que hay muchas víctimas que no tendrán la suerte de sus pacientes que las encontraron a ustedes. Por lo tanto difundan el conocimiento para que todos y todas podamos avanzar juntas, con sororidad.